

Decidiendo la vida

Por: Camila Carvajal Oquendo*

(Este texto no es una crónica periodística).

Las decisiones

Walter se incorporó a las FARC a los 19 años. Nació y se crio en Bogotá, en la localidad de Kennedy, se graduó de bachiller en una institución educativa del distrito y entró a la universidad a estudiar ingeniería de sistemas. Tenía un amigo que hacía trabajo político clandestino y de su mano se fue involucrando en los asuntos de la guerrilla, mitad por curioso, mitad por el aburrimiento existencial que padecía, procedente de angustias del fuero de su vida íntima que no merecen ser referidas.

Terminó dejando la universidad y tomó esa decisión por dos razones: la plata no alcanzaba para comer y el trabajo con la guerrilla estaba siendo cada vez más demandante y retador. En la guerrilla le enseñaban cosas prácticas, habilidades específicas; con el riesgo se sentía más vivo, con el aprendizaje existencial *menos aburrido* y, además, con todo ello objetivaba su indignación social, permitiéndose esculpir una conciencia política y una identidad.

A pesar del blindaje que le ofrecían la clandestinidad y el anonimato, comenzó a sentirse demasiado expuesto con el tiempo: sospechaba que alguien sospechaba, escuchó comentarios e insinuaciones. Nada explícito. Gracias a la desconfianza pensó en irse para el monte y terminó armándose para el viaje. Llevaba *poquito* en la mata: nueve años. La razón de dicha cualificación —que

bien puede parecer una broma— es que Walter considera que es incomparable su experiencia en la montaña con la de la gente que lleva 20 o 30 años en las FARC, porque, según él, en la vida guerrillera la antigüedad sí marca la diferencia.

Walter contó su vida en una conversación de varias horas en El Diamante, durante la X Conferencia Guerrillera de las FARC. Hizo énfasis en las circunstancias que lo llevaron a tomar ciertas decisiones; dijo también que no se arrepiente de nada. La referencia enfática que hacía a las condiciones de su vida, a su cotidianidad siempre urgente y a la necesidad que nunca cedió, parecía más bien una invitación a conversar sobre la vida *de verdad*. La naturalidad de su fraseo procuraba la empatía y daba la impresión de que hablaba con franqueza al manifestar que se sintió libre

en el momento de decidirse a vivir con la *familia fariana* en el frente 27; y volvía una y otra vez, refiriéndose indistintamente a su vida personal o a la vida guerrillera, a hablar de las difíciles condiciones de la existencia en general y de la incertidumbre que en esa dificultad se gesta.

La conversación provocaba un pensamiento: esa incertidumbre de la que germinó cada decisión recordada por Walter es también el escenario de todo el acontecer humano. Su historia despertaba una pregunta: ¿será cierto que las personas pueden posicionarse *deliberadamente* ante situaciones que trascienden su control y voluntad, en medio de la imbatibilidad de esa incertidumbre? A pesar de que parezca que las condiciones de la vida de Walter lo sobrepasan y determinan, no sobra insistir en que parecía convencido cuando dijo que tomó una decisión con libertad.

Sus razones para optar por la lucha armada son el escenario, el contexto que



Del del 17 al 23 de septiembre las FARC convocaron la X Conferencia Nacional Guerrillera. Este encuentro fue clave para la firma del acuerdo de paz. Fotografía: Archivo Cinep/PPP. Fotografía de Jennipher Corredor.

encaminó su voluntad. La militancia —consecuencia de su decisión— germinó en él la esperanza de redibujarse una vida que no superaba sus expectativas. La realidad histórica del reclutamiento voluntario es, en casos como este, una expresión de las luchas por la libertad que fueron emprendidas por la gente como Walter en todo el mundo; por aquellos que buscan y han buscado nuevas libertades en oposición a quienes tienen privilegios que defender.

Sin embargo, la pregunta por la libertad no debería partir de una abstracción. Parece una aproximación inerte que imposibilita estremecerse ante la certeza de que la vida entera de un ser humano transcurre en aquella alternancia de angustia y confianza, temor y esperanza. La vida del guerrero, siempre en juego, no resulta incompatible en ese sentido con la vida de cualquiera, que transcurre siempre en andar tomando decisiones a partir de situaciones que no puede controlar. El asunto es que, en la guerra, la lucha cotidiana contra la incertidumbre impuesta por la pobreza, pasa también por empeñar la vida y la voluntad.

A pesar de eso, Walter, que transa con su vida y se aferra a ella, sintió que el sentido de su libertad se hallaba justamente en pensarse como escultor de una alternativa política y social, en la que exista quizá una vida más justa para él y para los otros. Ese día en El Diamante, Walter brindaba optimista y parecía feliz mientras explicaba que, por todo eso, había decidido ser para siempre un revolucionario.

Las circunstancias

La mamá de Andrés se juntó con un señor jornalero que conoció en el casco urbano de San Juan de Arama un sábado, mientras pagaba los 65.000 pesos de remesa que se podían comprar desde que el ejército y los paramilitares instauraron el control de alimentos en las vías terciarias del municipio. Lo conoció 10 meses después de que el papá de Andrés la abandonara con dos hijos, en la finca, una vez terminada la primera



La vida del guerrero, siempre en juego, no resulta incompatible en ese sentido con la vida de cualquiera, que transcurre siempre en andar tomando decisiones a partir de situaciones que no puede controlar.



erradicación de las matas de coca que les servían como único sustento.

De la finca no tienen títulos: fue un fundo colonizado por el abuelo materno de Andrés dentro de la zona protegida del Área de Manejo Especial de La Macarena, en la frontera de la reserva forestal que se prevé será recuperada para la protección ambiental. A la diestra de Dios, la familia *limpió* el monte circundante a la casa de tabla, vivieron de la madera mientras hubo bonanza, luego lo intentaron con el café, después vino la coca. En la casa de Andrés había 14 gallinas y unas matas de yuca, y recuerda que su primer trabajo fue en la raspa, en una finca vecina durante la época de la Zona de Despeje, tenía 9 años de edad.

Nunca logró tener una buena relación con el nuevo esposo de su mamá. Nunca pudo perdonarle que él le hubiera pegado a ella estando borracho, ni que lacerara la relación familiar que habían tejido en medio de la necesidad extrema. A Andrés le gustaba estudiar, pero la escuela quedaba lejos y la raspa le daba plata. La necesidad era desesperante, la rabia contra el ejército y el miedo a los paramilitares eran inmovilizantes y nublaban cualquier proyección vital. El argumento es simple: en la mitad de la guerra, no se sabe si habrá día siguiente.

Uno podría imaginarse a uno mismo, adolescente, en esas circunstancias: atestiguando impotente una cotidianidad en la que no se puede contemplar destino o futuro; llenándose de rabia ante la incompreensión de una injusticia palpable y estridente, viviendo *en el miedo*, buscando para dónde irse y qué hacer. Andrés contemplaba infantil opciones vitales a los 13 años, y un he-

cho particular resonó en su consciencia planteándole una paradójica oportunidad. Contó que la violencia de la que fue víctima su madre por cuenta del borracho maltratador no quedó impune. Una denuncia anónima al comandante de las FARC de la zona, una conversación previa y un castigo merecido le mostraron un atisbo de justicia y le abrieron las puertas a la organización que había estado buscándolo a él durante meses. Las opciones eran pocas y la decisión no se hizo esperar, inmediatamente la vida le cambió.

Tenía expectativas que fueron derribadas una a una cuando descubrió que vivir en la mata era difícil. Se aferró a sus sueños y fusionó su vida y su identidad a la organización. Cambió de nombre, cortó sus raíces y se volvió nómada. Siguió estudiando y comenzó a leer, a escribir. Aprendió a manejar el fusil y en él encontró un sentido. Sin embargo, Andrés sí pareció arrepentido en El Diamante. Abandonó su imperturbabilidad y confesó que hubiera deseado otra vida, que está cansado de vivir con miedo y con culpa, que añora cada día la tranquilidad de su primera infancia, al lado de su padre que desapareció, de su hermano asesinado y de su madre con la que no habla hace más de diez años. La desmovilización también resonó en su consciencia. Preocupado por el futuro del país que es el suyo propio, aspiró el último aliento de su cigarrillo guardando silencio.

Entonces, las circunstancias determinan las posibilidades dentro de las cuales se pueden tomar decisiones. Se nace en un momento histórico determinado, en una posición en la escala social y un puesto en la organización económica. Se hereda una ideología, una consciencia de clase, unas prácticas sociales. Muchas decisiones son influenciadas por el medio. Casi que automáticamente termina uno sumergido en un torbellino. El medio te lleva. Vas en el medio como transportado en el cauce de un río.

En otras oportunidades, somos conscientes y racionales. Nos negamos a ir en la marea y nos interrogamos. Dejamos de ser heterónomos y nos hacemos autónomos. Tomamos la propia decisión a consciencia. Hay en el

medio muchas influencias y nos atrae lo incierto y queremos experimentar. Lo clandestino tiene cierto aire de misterio que nos atrae. Pero al mismo tiempo, el ser solo un individuo más, nos deja perplejos. Nos sentimos muy poca cosa en una estructura que se nos presenta como algo poderoso. Esa ambivalencia de lo grande y lo mínimo también nos sublima y nos atrae. Es una experiencia que nos llena de adrenalina. A veces nos sentimos bien en esa situación, sin embargo, sentimos la muerte rondando a cada instante¹.

Se intuye entonces una nueva subjetividad: la posibilidad de establecer un marco de lo humano que trasciende las imposiciones de la moral, la economía y la política. La frustración, que genera una existencia miserable, o profundamente inconforme, o genuinamente revolucionaria, abre paso a un despertar de la consciencia individual. La operación de la conducta —la “rebelión de la conducta”— es el mecanismo; y la vida en la guerrilla parece un ambiente propicio para dotar de materialidad histórica a esa pequeña revolución individual. Sin embargo, la situación se complejiza en la medida en que en las entrañas del monte cada nuevo combatiente encontró una estructura preexistente: estatutos, normas, disciplina rigurosa, obediencia incuestionable, individuos desdibujados. La guerra va matizando poco a poco el valor de la vida.

La catástrofe

En la tercera cerveza, el comandante Heliodoro explicó que durante el Despeje ingresaron cientos de muchachos a las filas de la organización, en parte obnubilados por el poder, las camionetas y las armas, y en parte buscando una vida diferente. Otros entraron obligados, pero no fueron muchos, dijo. Lo cierto es que la guerrilla de las FARC se robusteció tanto que se les volvió un problema. La brecha generacional que existía entre los viejos revolucionarios curtidos entre combates y esculpidos en ideología, y los pelados ingenuos e inconscientes apresados por el pánico que

producía una guerra escalada, inhumana e incomprensible fue generando un ambiente de desconfianza peligroso para el proyecto guerrillero.

En ese momento a Heliodoro le preocupaba la baja moral de la guerrillerada, el incremento de las deserciones y, con estas, de los sapos. Mientras eso pasaba dentro de las filas, la ofensiva del ejército arreció, dadas las mejoras militares concebidas en el marco del Plan Colombia y su sucesor, el Plan Patriota. El *sucio* paramilitarismo había frenado el proceso de expansión guerrillera que había comenzado en la década del ochenta, y a las FARC el país le estaba quedando grande en la guerra de posiciones. Hubo muchas bajas. Golpes importantes, dijo. No mencionó explícitamente la violencia contra los civiles, no habló de las víctimas de las FARC, no hizo referencia a la responsabilidad de su organización en la guerra del narcotráfico y sus muertos, no pidió perdón ni por el secuestro ni por las extorsiones, pero parecía ser honesto cuando reconocía que esos años habían sido duros para todo el mundo en el campo colombiano.

“

A los campesinos de Samaná, Costa Rica y Peñas Blancas les interesa que las condiciones de vida cambien, y ven con buenos ojos que el Gobierno les priorice en el diseño de la política pública del posconflicto.

”

La guerra horrorosa transcurrió en las FARC a veces con hambre y casi siempre con angustia e impotencia. Los convencidos como Heliodoro explotaron su potencial militar y político fabricando bombas hechizas, minas quiebrapatatas, craneando las ofensivas y decidiendo con afán en medio de los bombardeos del ejército. Los sorprendidos obedecieron órdenes y resistieron en los combates, se enamoraron y sufrieron, entablaron amistades entraña-

bles y asesinaron personas. Los indecisos desertaron, y algunos de esos se vendieron. De todos los tipos hay muchos todavía en el monte, algunos en la ciudad, unos en las cárceles y otros ya están muertos.

Hoy, como durante el siglo XX, el país atraviesa una profunda crisis cuyos efectos golpean no a los ricos, sino al pueblo, a través de la cotidianidad de una violencia económica, social, militar y moral como consecuencia de un ordenamiento político corrupto, apenas justificado por un sistema electoral tramposo y una gran prensa adocenada.

Hoy, igual que siempre, los indígenas, campesinos, colonos y las diferentes comunidades afrodescendientes sufren la arremetida criminal de terratenientes y latifundistas que ambicionan sus tierras a como dé lugar. Por todo esto, hoy, al igual que hace medio siglo, la ilegitimidad del régimen y el terror del estado dan vigencia al alzamiento popular y convalidan ante el mundo el sagrado derecho del pueblo colombiano a la rebelión².

Heliodoro rememoró la IX Conferencia Guerrillera cuando hizo el balance de las discusiones de ese día en El Diamante. Habló de ese comunicado emitido en el año 2007, mientras decía —en tono de chiste, medio en serio—, que el problema del establecimiento colombiano es que no sabe leer: “¡Las razones y la justificación de la existencia de las FARC y de nuestra lucha siempre han sido públicas!”, decía. Hablaba después de los históricos gestos unilaterales que esta guerrilla ha tenido en aras de demostrar su voluntad política para la paz, hablaba de lo urgente que era para la sociedad colombiana entera que los diálogos de La Habana llegaran a buen término, y ahí sí se acordó de la barbarie contra los civiles, ahí sí se regó en historias que presencié sobre familias destrozadas, gente desaparecida, bombardeos indiscriminados, y accidentes y errores de consecuencias irreparables.

Pareció preocupado en la quinta cerveza. Sin embargo, reconocía que el futuro abría un nuevo escenario: con la transformación en movimiento político

legal, las FARC tendrían el espacio para continuar la lucha, sin más civiles ni camaradas muertos, buscando adeptos y ganando votos. Heliodoro hablaba al rato de las tres historias de amor que tuvo con camaradas, mientras sonaba “*Esta noche es mía*” de Alfredo Gutiérrez.

La suspensión

La política es el término que usan los campesinos de Samaná, Costa Rica y Peñas Blancas, cuando quieren referirse a la actividad de los políticos durante un período de tiempo, cada cuatro años, en el que se transa la ilusión de tener garantizados —por fin— unos bienes y servicios necesarios para la comunidad, a cambio de votos. Esto por medio de camisetas, almuerzos, promesas, charlas optimistas con refrigerios y uno que otro peso. Por fuera de la política, las relaciones de poder transcurren en la vereda, las gestiones en la alcaldía no dan espera y la resolución de los problemas de la comunidad está a la orden día.

La gestión de las Juntas de Acción Comunal, en algunas zonas de influencia de las FARC y en otras zonas, continúa garantizando las condiciones básicas de la vida de la gente en veredas y corregimientos, ante la inoperancia del Estado y la incertidumbre que emana de las decisiones de la política nacional. En este sentido —y solo en este—, todas las coyunturas electorales son importantes y no en el escenario político veredal. Por otro lado, que en todo caso es el mismo, el optimismo de medio país ante la buena nueva del fin del conflicto armado con las FARC desapareció el 2 de octubre con los resultados del plebiscito. Al parecer las grandes decisiones del país no se toman en las urnas.

A los campesinos de Samaná, Costa Rica y Peñas Blancas les interesa que las condiciones de vida cambien, y ven con buenos ojos que el Gobierno les priorice en el diseño de la política pública del posconflicto, porque se imaginan que podrán tener por fin un acueducto con agua potable y vías pavimentadas. Los vecinos comenzaron a volver a las fincas hace ya varios años, los retenes son cosa del pasado y el proyecto productivo

está rindiendo frutos. La vida sigue difícil pero ha mejorado. Por lo menos ya no se anda con tanto miedo ni se pide limosna en la ciudad, ni se vive arrimado en la casa de un sobrino en Bogotá, Villavicencio o Medellín mientras se busca trabajo y se huye de la muerte.

Imaginan que esa situación mejoraría todavía más, como síntoma de evolución y progreso en el sentido moderno de la historia, con el mero hecho de continuar desescalando el conflicto: con la desmovilización de la guerrilla y la implementación de los Acuerdos. Prueba de lo anterior, podrían ser los bajos índices de violencia asociada al conflicto armado que vivió la mayoría del territorio nacional en los últimos tiempos, durante el cese al fuego bilateral de los diálogos de La Habana; así como podrían ser también muchos otros indicadores de otras naturalezas, como la implementación (lenta, sí; ineficaz en muchos casos, también) de la política pública de reparación que ha venido prestándole atención a las víctimas de la guerra. Parece obvio; por eso es que la gente en algunas de esas veredas no entiende por qué la otra gente votó que no.

Con el triunfo del No, en algunas veredas no se alteró ni medio átomo de los nuevos problemas que trascienden el control y la capacidad de acción de las Juntas de Acción Comunal: jóvenes drogadictos, o desocupados, o aburridos, niñas en embarazo, comunidades indígenas habitantes de calle, incertidumbre productiva, problemas de salud pública y amenazas como el ladronismo. La gente que vive en estos lugares teme que la guerra vuelva; les preocupa que no haya una autoridad. Les asusta que les incumplan de nuevo y que los dejen otra vez solos ante la incertidumbre.

A este país —el de las Juntas de Acción Comunal, el de las organizaciones campesinas, indígenas y afro, el de las personas que luchan por la defensa del territorio y de los derechos humanos— le preocupa que estén matando a los líderes mientras todo esto de la paz sucede. A este país casi que exclusivamente rural, que resuena en algunos rincones de la ciudad gracias a la compasión y la empatía, le preocupa genuinamente que

“Esa paz posible y viable que saborearon con el anhelo, les brindó la posibilidad de pensar en una vida distinta y de ser un poco más libres.”

el panorama político y social no parece brindar las suficientes garantías para continuar buscando aterrizar la utopía de la vida digna.

A Jaime, desde la cárcel, le preocupa la situación por la inestabilidad del escenario político. Lo inverosímil ha sucedido en el pasado y el devenir de la política nacional suele dejar a todo el mundo tan boquiabierto, que resulta improbable saber qué pueda pasar, o qué decisiones es mejor tomar. Este momento significa también para Jaime la posibilidad, o no, de salir después de 12 años de condena entre la Tramacúa y el penal de Chiquinquirá, a hacer la política que ha pensado estando preso gracias a su consciencia revolucionaria y a su conocimiento de los problemas del país.

Seguro a Walter, a Andrés y a Heliodoro les preocupa la situación por la incertidumbre que existe ante la posibilidad de tener que volver a la guerra, o de ser asesinados sin poder defenderse luego de la dejación de armas, después de que la paz parecía una realidad tangible. Sobre todo porque esa paz posible y viable que saborearon con el anhelo, les brindó la posibilidad de pensar en una vida distinta y de ser un poco más libres para comenzar a tomar decisiones diferentes, tal vez mejores. ☐

***Camila Carvajal Oquendo**

Investigadora de Cinep/Programa por la Paz.
Equipo Conflicto y Estado.

Notas

- 1 Dijo Jaime. Más adelante se hablará de Jaime.
- 2 FARC-EP. (2007). Por la Nueva Colombia, La Patria Grande y el Socialismo [Novena Conferencia Nacional de Guerrilleros], párrs. 3, 4, 6. Recuperado de <http://www.farc-ep.co/comunicado/novena-conferencia-nacional-de-guerrilleros.html>